

**CUENTO N° 52**

**TITULO: EL FRAGMENTO**

**SEUDONIMO: ALBERTO ALFONSO**

**AUTOR: MIGUEL ENRIQUE GONZÁLEZ TRONCOSO**

### **El fragmento**

Al término del conteo, el cohete despegó desde el Centro de Lanzamiento de Satélites, y elevándose hacia el cielo azul iba dejando una espesa estela de color blanco, semejante a las nubes.

Mirando hacia lo alto, Matías, el niño del poblado cercano, su abuelo, y la gente reunida a las afueras del Centro de Lanzamiento, aplaudían y se abrazaban mientras que el cohete se hacía cada vez más pequeño a la vista, para finalmente perderse en el espacio.

Mientras caminaban de regreso a casa el niño no dejaba de preguntar sobre las estrellas, los planetas, la estación espacial, los viajes espaciales, las cosas del firmamento. El abuelo, que en su juventud había leído con fascinación a Bradbury, y que entre sus libros preferidos estaba “Crónicas Marcianas”, se alegraba de estas preguntas y alimentaba la imaginación de su nieto hablándole entusiasmado del planeta Marte y de posible vida extraterrestre.

Y así, conversando alegre y animadamente el trayecto a casa se hizo corto. Al llegar y después de quitarse las mascarillas, de lavarse y de aplicarse abundante alcohol desinfectante -por el Covid19-, se sentaron felices a la mesa. Mientras almorzaban, Matías contaba a su madre lo maravilloso que había sido poder ver despegar al cohete de color blanco.

Alberto Alfonso

Al atardecer del día siguiente y mientras miraban el programa de deportes en la televisión, la transmisión fue interrumpida para informar la noticia de que descendiendo de regreso a la Tierra, una parte del cohete Long March, se había salido del control en órbita y caería en un reingreso no controlado; agregaba el conductor que la pieza que caería desde el cielo, “formaba parte de la etapa del refuerzo central de la nave”. A partir de ese momento y cada dos horas, el noticiero informaba sobre lo sucedido y advertía que los fragmentos del cohete podrían caer, sin control, en cualquier lugar, lo que dio pie a una serie de especulaciones respecto de dónde caerían efectivamente.

- Abuelo, ¿es posible que las partes del cohete, puedan caer en nuestro patio? – preguntó el niño, lleno de curiosidad.

- Bueno ¡Sí, puede ser!, contestó entusiasta el abuelo después de unos minutos, y agregó: ¡Si los trozos del cohete cayeran en nuestro patio, seríamos famosos!...

A partir de ese momento, abuelo y nieto salían primeramente al patio de la casa, después al camino, buscando lo que podrían ser partes del cohete. El abuelo simulando que efectivamente buscaba algo entre los arbustos y matorrales, el niño buscando afanosamente en la tierra provisto de una rama desprendida de un árbol, pero sin suerte. Al cabo de un rato, el hombre pensó que algo tendría que hacer

para calmar la imaginación galopante de Matías. Al final se decidió en dejar semienterrado, en un pequeño montículo de tierra, un pedazo de metal que alguna vez fue parte de un cinturón, y que por su forma serviría para este nuevo propósito. En horas de la tarde y contento, invitó al niño a una nueva búsqueda, esta vez solo centrada en el patio. Con disimulo fue orientando al niño a buscar por cierto lugar hasta que por fin, sin poder controlar su alegría, Matías gritó: ¡Abuelo, Abuelo! ¡Mira lo que encontré!, exhibiendo en una de sus manos, con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su rostro, el pequeño trozo de metal.

- ¿De verdad será esto parte del cohete?, preguntó expectante.

- El hombre, simulando sorpresa, contestó muy animado: ¡Sí, Matías, esto con toda seguridad es parte del cohete!, y se abrazaron efusivamente.

Después de examinar el hallazgo entraron alegremente a la casa, mientras Matías no dejaba de acariciar el trozo de metal en el bolsillo de su pantalón.

Al día siguiente, que fue domingo, y mientras desayunaban, el niño, dejando en la mesa el pequeño tesoro, se atrevió nuevamente a preguntar:

- Abuelo, ¿tú estás seguro de que esto, es parte del cohete?...

- ¡Claro que sí!, contestó con cara de no muy convencido el abuelo

Alberto Alfonso

Luego, mirándolo con cariño, piensa que Matías de verdad cree firmemente en que lo que ha encontrado es efectivamente un fragmento del cohete, pero que al rato desconfía de su hallazgo.

Al final, piensa que su nieto simula creer para dejarlo contento, “que le sigue la corriente”, y que por eso le dice que Sí cree que el pedazo de metal encontrado es un fragmento de la nave espacial. En todo caso es un sí sincero, reflexiona, mientras mira el pequeño pedazo de metal.

Al atardecer de ese día, y mientras se preparaban para cenar, en la televisión dieron la noticia de que los fragmentos del cohete cayeron finalmente en el Océano Indico.

Al escuchar la noticia, Matías y su abuelo se miraron en silencio por algunos segundos, luego siguieron mirando la televisión, el niño apretando fuertemente en su mano el pequeño fragmento de metal, el abuelo, absorto en sus pensamientos.

Alberto Alfonso